



000  
TU



noimie  
SLAV

P



Tcf. 47764  
C. 1059562

# JUAN DANDOLO,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

y

DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=

1859.

---

---

## ACTORES.

=

JUAN DANDOLO. (*Bernardo Carabello.*)

MARIANA, *su hermana.*

JACOBO DAGOLINO.

PEDRO.

GASPAR, *gondolero.*

MAFFEI.

ISAAC BENJAMIN.

CABALLEROS VENECIANOS.



La acción pasa en Venecia á fines del siglo XV.



Esta comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorización, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.



## ACTO PRIMERO.



### ESCENA PRIMERA.

PEDRO á la puerta de la casa de BERNARDO. MARIANA  
en el balcon.

PEDRO.

¿Decís que esta noche?

MARIANA.

Sí;

esto solo le responde.

PEDRO.

Mas no me habeis dicho dónde  
os ha de ver.

MARIANA.

¿Dónde? Aquí?

PEDRO.

¿A esta puerta?

MARIANA.

Sí; mas cuida

no noten á tu señor,  
que en ello estriba mi honor  
y acaso tambien su vida.

PEDRO.

No temais.

MARIANA.

Adios. (*Se entra.*)

PEDRO.

Por mas

que diga mi amo, no sé  
de tanta cándida fé  
lo que ha de alcanzar jamas.  
Estos misterios de amor  
que han de ser fatales creo  
y trascienden á himeneo,

JUAN DANDOLO,  
 que no hay desdicha mayor.  
 Y ha de hacer esta muger  
 que caiga en tal desvario!..  
 Ya no sois, pobre amo mio,  
 el que de antes solíais ser.  
 En otro tiempo era cosa  
 harto notable á fe mia,  
 encontraros mas de un dia  
 en los brazos de una hermosa.  
 Corrió un mes, y esta beldad  
 os está en su amor prendiendo:  
 máteme Dios si comprendo  
 tan rara fidelidad.

## ESCENA II.

GASPAR. BERNARDO.

*(Salen por el fondo á la izquierda del espectador.)*

BERNARDO.

Ya hemos llegado: bien puedes  
 volverte: toma.

GASPAR.

¿Qué haceis,  
 Monseñor?

BERNARDO.

¿Pues qué?

GASPAR.

¿No veis?  
 ¡Oro!

BERNARDO.

Y bien?

GASPAR.

Tantas mercedes!

BERNARDO.

¡Oh! ¿por qué me hablas asi?  
 Monseñor!

GASPAR.

No dige nada.

BERNARDO.

¿No soy ya tu camarada

y tu hermano de armas, dí?

GASPAR.

¡Camarada! sí, bien dices;  
esos tiempos no olvidé,  
que no sé si llamaré  
mas tristes ó mas felices.

BERNARDO.

¡Qué guerras!

GASPAR.

¡Qué mortandad!

BERNARDO.

Venecia, no como ahora,  
del mar la reina y señora  
se llamaba con verdad.  
Sus nobles no envilecian  
su existencia en los placeres,  
ni como blandas mugeres  
telas de seda vestian.  
Ni en mollicie regalada  
hicieron del vicio alarde,  
ni por el puñal cobarde  
trocaron la dura espada.  
Entonces no era el honor  
como agora inútil nombre,  
y era virtud en el hombre  
esa virtud del valor.  
Del campo la piedra dura  
era en las lides su lecho,  
y no temblaba su pecho  
bajo la férrea armadura.  
Ahora ya, prefieren viles  
la esclavitud á la guerra,  
arrastrándose en la tierra  
como míseros reptiles.

GASPAR.

Es verdad, ¿mas cómo así,  
mudando conversacion,  
de tan pobre condicion  
tan rico te hiciste, dí?  
Tú eras soldado, valiente,  
es verdad, pero no mas

JUAN DANDOLO,  
 que un soldado, y rico estás  
 si ya tu porte no miente.  
 Las artes estan fatales,  
 y tu oficio de espadero  
 que no te produzca infiero.

BERNARDO.

Sí, por Dios; se hacen puñales.

GASPAR.

Pudiera ser... sin embargo,  
 todo eso, Bernardo, es humo.

BERNARDO.

¡Eh!

GASPAR.

Y acertarlo presumo.

BERNARDO.

¿Sabrás quizá...

GASPAR.

Me hago cargo.

Aunque de cierto lo ignoro,  
 quizá el secreto se encierra  
 en hacer de pobre tierra  
 florines de plata ú oro.  
 Secreto es ese que diz  
 que mas de un sabio encontró,  
 y aqueso presumo yo  
 que pudo hacerte feliz.

BERNARDO.

¡Bah! no es eso. Es mas sencillo  
 mi secreto.

GASPAR.

¿No haces oro?

Pues te hallaste algun tesoro  
 al levantar un ladrillo.

Eso á menudo lo ves.

BERNARDO.

Tampoco es eso, Gaspar;  
 no lo puedes acertar.

GASPAR.

¿Pues qué, tan difícil es?

BERNARDO.

No puedes, si yo no hablo,



ACTO I, ESCENA II.  
el móvil de mi fortuna  
conocer.

7

GASPAR.

Sin duda alguna  
vendiste tu alma al diablo;  
y si es así, bien querría,  
tal mi suerte es de cruel,  
hacer amistad con él  
para venderle la mía.

BERNARDO.

¿Cierto?.. (*Sonriéndose.*)

GASPAR.

Al mismo Belcebú  
como riquezas me diera,  
y feliz también me hiciera,  
cual sin duda lo eres tú.

BERNARDO.

¡Feliz!.. no lo soy pardiéz;  
con todo mi corazón  
cambiara mi situación  
por tu paz y tu honradez.

GASPAR.

Tú también eres honrado,  
ó al menos siempre lo fuiste.

BERNARDO.

Cuando tú me conociste...  
pero ese tiempo ha pasado.

GASPAR.

¿Es cierto?

BERNARDO.

Sí, por mi mal.

GASPAR.

Mi estado entonces prefiero.  
¿Eres tal vez carcelero,  
ó esbirro del tribunal?

BERNARDO.

No te canses; soy... (*Al oído.*)

GASPAR.

¡Gran Dios! (*Alejándose.*)

BERNARDO.

¿Qué haces, amigo?

JUAN DANDOLO,

GASPAR.

Me voy.

No puede haber desde hoy  
amistad entre los dos.

BERNARDO.

Es cierto, sí; vete ya:  
mi aliento puede mancharte.

GASPAR.

El cielo quiera arrancarte  
de aquesa senda.

BERNARDO.

Ojalá.

## ESCENA III.

BERNARDO *solo.*

Razon tiene; mas no veo  
otro remedio en mi suerte  
que el remedio de la muerte...  
¡Dios sabe que la deseo!  
¡Dios lo sabe que por tí  
virtud y honor olvidé,  
pobre Mariana! y yo sé  
que no lo hiciera por mí.  
De otro modo, sin ventura,  
en lenta, amarga agonía,  
otra vez marchitaria  
la miseria tu hermosura.  
Tú sufrías, en verdad;  
yo no sé si resignada,  
mas devorabas callada  
tus lágrimas de orfandad.  
Oh! no; que sufra yo solo  
aunque Venecia me llame  
con el nombre torpe, infame  
del terrible Juan Dandolo.  
(*Entra en su casa.*)

## ESCENA IV.

JACOBO y PEDRO.

JACOBO.

¿Eso, Mariana, te dijo?

PEDRO.

Eso.

JACOBO.

¿Que viniera?

PEDRO.

Sí;

pero aun no es hora.

JACOBO.

La noche

poco tardará en venir.

Entretanto, esperaremos...

PEDRO.

¿En dónde, señor?

JACOBO.

Aqui.

PEDRO.

¿Y si os viesen?

JACOBO.

¿Quién?

PEDRO.

Alguno:

llegómelo á prevenir...

JACOBO.

No me verán.

PEDRO.

Cuando espera

un caballero gentil  
 en una esquina arrimado,  
 queriendo el rostro encubrir,  
 no hay duda, señor, ninguna  
 que quien le detiene allí  
 son los ojos hechiceros  
 de un humano serafin.

JACOBO.

Nadie puede conocerme.

JUAN DANDOLO,

PEDRO.

Como gustéis; yo por mí...

JACOBO.

Entretanto de otro asunto  
tengo que hablarte.

PEDRO.

Decid.

JACOBO.

Esta mañana he salido  
del juego sin un cequí.

PEDRO.

Todos los días á casa  
de esa manera venís.  
¿A qué es la nueva?

JACOBO.

    Mi padre  
se ha llegado á resistir  
á franquearme sus arcas.

PEDRO.

Hace bien.

JACOBO.

    Ya no hay ardid,  
no hay medio ya de arrancarle  
un miserable florin.

PEDRO.

Harto os ha dado.

JACOBO.

    Es preciso  
sin embargo, recurrir  
á algun medio.

PEDRO.

    Ya lo veo.

JACOBO.

Para ello he pensado en tí.

PEDRO.

¿Os burlais?

JACOBO.

    ¿No lo adivinas?

PEDRO.

Al punto, si lo decís.

JACOBO.

Vete á buscar en Rialto  
al buen Isaac Benjamin,  
un prestamista usurero,  
y haz luego que venga aqui.

PEDRO.

¿Empeñáis vuestra palabra,  
ó vuestra firma?

JACOBO.

¿A qué fin  
me lo preguntas?

PEDRO.

Porque  
es tan miserable y vil  
la condicion de esos perros,  
que no darán un cequí  
por la palabra y la firma  
de un hidalgo tan gentil;  
mas si teneis por ventura  
alguna alhaja ruin  
que valga el doble á lo menos  
que la suma que pedís...

JACOBO.

Imposible.

PEDRO.

Y aunque guarde  
larga madeja sutil  
de perfumados cabellos...

JACOBO.

¿Te atreves eso á decir?

PEDRO.

El hebreo, que como hombre  
de talento valadí,  
su precio ignora, y no sabe  
que bañada de jazmin  
en otro tiempo besaba  
con voluptuoso bullir  
el peregrino contorno  
de algun cuello de marfil,  
la dejará en vuestras manos,  
reservando para si

JUAN DANDOLO,  
los diamantes que la guardan,  
y el oro que es tierra vil.

JACOBO.

¿Y no hay otro medio?

PEDRO.

Yo

no lo alcanzo.

JACOBO.

Con que al fin  
será preciso... ¿y si ella  
lo llegase á presumir?..

PEDRO.

No es fácil.

JACOBO.

En hora buena.  
Ve en busca de Benjamin,  
y aqui os espero... mil doblas  
le pedirás.

PEDRO.

Lo haré asi.

## ESCENA V.

JACOBO.

No lo sabrá... la fortuna  
no siempre ha de ser contraria,  
y las manos de un judío,  
aunque profanen, no manchan.  
Presto volverá á las mias,  
para que de ellas no salga  
esta prenda de tu amor,  
que un rico tesoro guarda.  
Estos hermosos cabellos  
que blando perfume exhalan,  
y mil veces resbalaron  
sobre tu desnuda espalda,  
tornarán, yo te lo ofrezco,  
porque consuelan mis ansias  
cuando ausente de tus ojos  
dolientes mis horas pasan.

*(Un hombre embozado pasa silenciosamente por el fondo y llega á la casa de Bernardo.)*

¿Qué es esto? un hombre que oculta  
en el embozo la cara,  
paró á su puerta: sospechas...  
¿Quién puede ser? ahora llama.

*(La puerta se abre y el embozado entra como recatándose.)*

¡Le abren! el diablo me lleve  
si aquesto no tiene trazas  
de amorosa cita... ¡Cielos!  
¡infel ella! Mariana!  
no es posible; mas lo cierto  
es que entró, que le aguardaban...  
Oh! yo tambien entraré,  
asi verá si me engaña.

*(Va á llamar y se detiene.)*

Ah! que los celos me ciegan...  
¿no puede entrar en su casa  
hermano, padre ó marido?...  
Pero dudarle no basta.

### ESCENA VI.

JACOBO, PEDRO. ISAAC BENJAMIN.

PEDRO.

Isaac Benjamin.

JACOBO.

Bien vengas,  
judio.

ISAAC.

Que os guarde Dios.  
Hame dicho este criado  
que con mucha precision  
necesitabais mil doblas  
sobre albasas de valor.  
La cantidad es inmensa;  
mas si permitierais vos  
que viese la prenda...

JACOBO.

Es justo,

mírala.

ISAAC.

¡Dios de Jacob!

Bien lo merece, hay diamantes  
claros como el mismo sol.

Poco á la verdad, mil doblas  
para tal alhaja son;  
y si quereis...

JACOBO.

No, me basta.

PEDRO.

¿Sacais el cabello?

JACOBO.

No,

asi para rescatarlo  
será el conato mayor.

ISAAC.

Tomad y contad.

#### ESCENA VIII.

(Mientras JACOBO cuenta el dinero, salen de la casa  
BERNARDO y el embozado.)

BERNARDO.

Ya sé...

conozco mi obligacion  
y quedareis satisfecho.

PEDRO (Á JACOBO.)

Dos hombres salieron.

JACOBO.

¡Dos!

mira y disimula.

BERNARDO.

Pero

os advierto, Monseñor,  
que si á todo me convengo,  
al precio que decis, no.  
(El embozado le da un bolsillo.)  
Fui soldado, y en mi pecho  
late un noble corazon,



y os juro que no me agrada  
herir con golpe traidor.  
Un hebreo no es de cierto  
un enemigo feroz,  
y en este caso...

*(El embozado vuelve á darle dinero.)*

Ya veo

que me entendeis: ¿os vais? oh!  
aun me resta por haceros  
la postrera reflexion.  
Si he de estraer los papeles  
que consigo lleva, estoy  
pagado como asesino  
pero no como ladron.

*(Vuelve á darle dinero el embozado.)*

PEDRO.

Si nos vén...

JACOBO.

Disimulemos:

cabal está.

PEDRO.

Alzad la voz  
no noten que recelamos.

JACOBO.

Isaac Benjamin, adios.

*(Al pronunciar Jacobo estas palabras, el embozado llama la atencion de Bernardo mostrándole con la mano al judio. Bernardo hace un movimiento de cabeza, indicando que lo ha comprendido. El embozado se vá.)*

ISAAC.

Adios, noble joven.

BERNARDO.

Vaya,

que casualidad mayor!..

*(Se va Isaac y Bernardo le sigue.)*

JACOBO.

¿Quiénes pueden ser?

PEDRO.

Su hermano

es el uno de los dos

JUAN DANDOLO,  
sin duda.

JACOBO.

Como has sabido?..

PEDRO.

Hace un instante, mas nó  
todo lo que yo quisiera.

JACOBO.

Pero en fin...

PEDRO.

Supe que son  
de pobre origen... él vive  
á costa de su sudor,  
que es un armero.

JACOBO.

Imposible.

PEDRO.

Yo no alcanzo esa razon;  
sin embargo, para luego  
lo preguntaré mejor.

JACOBO.

Pienso que baja.

PEDRO.

Cuidado  
con revelarla que vos  
indagais...

JACOBO.

Ni una palabra:  
no te alejes.

PEDRO.

Cerca estoy.

## ESCENA VIII.

*Sale* MARIANA.

JACOBO.

Te veo al fin... ya creia  
que no vinieses.

MARIA.

¿Por qué?

¿Es tan tarde?

JACOBO.

Sí á fé miã,  
que sin tu luz no vivia  
todo el tiempo que esperé.  
La impaciencia es un dolor  
si nace de tal amor  
como este que el alma abriga,  
que da tormento y fatiga  
solo porque da temor.

MARIANA. (*Con melancolia.*)

Jacobo, ¿tanto me amais?

JACOBO.

¿Eso preguntais, señora?

MARIANA.

(¡Gran Dios!)

JACOBO.

¿Acaso dudais?...

MARIANA.

Dudar, dudára en buen hora.

JACOBO.

¿Eso decis, y llorais?  
Malhaya quien de esos ojos  
causa los duros enojos...  
¿quién, señora, te ofendió?

MARIANA.

Nadie, sino quien buscó  
placere y encontró abrojos.  
Yo misma soy de mi mal  
la causa, que loca, insana  
alimenté criminal  
una pasion inhumana  
que habrá de serme fatal.  
Y al fin, es llegado el día  
temido, aunque no esperado...  
llegar por fuerza debia  
y nuestro amor descuidado,  
eterno el placer creia.

JACOBO.

Habla, ¿qué puede en el mundo  
nuestro afecto contrastar?  
¿De qué nace ese pesar

JUAN DANDOLO,  
 que con dolor tan profundo  
 miro en tus ojos brotar.  
 Celoso, adusto y sombrío  
 tiraniza tu albedrío  
 de algun marido el rigor?  
 dilo, y el enojo mio....

MARIANA.

Es mas honesto mi amor.

JACOBO.

Perdona si te ofendí,  
 que nunca supe quien eres  
 por mas que lo pretendí:  
 siempre sois todas asi  
 misteriosas las mugeres.

MARIANA.

Sí, misteriosa, es verdad,  
 pero es un secreto horrible!...  
 niña, en mi mejor edad,  
 sobre mí pesa terrible,  
 funesta fatalidad.

JACOBO.

Dilo pues.

MARIANA.

Nunca.

JACOBO.

¿Por qué?

MARIANA.

Es imposible.

JACOBO.

Y no mas  
 que esa razon... oh! ya sé  
 por que otra razon no das...

MARIANA.

No lo sabes.

JACOBO.

Sí, sí á fé.

¿Quién lo duda? arrepentida  
 de amarme, en otra pasion  
 acaso el alma engreida...

MARIANA.

¿Eso piensas?

JACOBO.

Fementida!  
nunca esperé tal traicion!

MARIANA.

¡Calla! ¿no te amo? si fuera  
eso que dices verdad,  
ni estas lágrimas vertiera,  
ni en mi doliente ansiedad  
por tí mi vida espusiera.

JACOBO.

Tu vida!

MARIANA.

¿Sabes que el cielo  
puso un muro entre los dos?

JACOBO.

No lo sé, pero recelo  
que estais gozando, por Dios,  
en doblar mi desconsuelo.  
¿Quién hay que pueda romper  
tales, tan sagrados lazos?  
sutilezas de muger  
que dan al alma placer  
para romperla en pedazos.  
Gozais en vender amores  
á precio de un corazon,  
y con halagos traidores  
guardais entre blancas flores  
el veneno y la traicion.

MARIANA.

Jacobo!

JACOBO.

Bajando estás  
los ojos avergonzada!

MARIANA.

Esto, ¡Dios mio! ¡esto mas!

JACOBO.

Mariana... adios...

MARIANA.

Desdichada!

JACOBO.

Para siempre adios!

JUAN DANDOLO,

MARIANA.

¿Te vas?

JACOBO.

Tú lo quieres.

MARIANA.

Mas dudando

de mi amor... dudar asi...

¿no ves lo que estoy penando?

JACOBO.

Decidme pues... ¿hasta cuándo  
quereis burlaros de mí?Ya sé, señora, ya sé  
que sois llorando funesta,  
y esa mi desdicha fué,  
que el alma, la vida y fé  
aquesse llanto me cuesta.

MARIANA.

Oid... la suerte importuna  
no como á vos me halagó  
y es tan oscura mi cuna,  
que no habrá muger ninguna  
tan humilde como yo.Y aunque es verdad que os adoro,  
y que este amor es mi vida,  
Jacobo, tampoco ignoro  
que profano mi decoro,  
viviendo en él engreida.  
Porque con tanta aficion,  
no siendo mi suerte igual  
aunque igual mi corazon,  
ser tu esposa fuera un mal,  
y ser tu amante un baldon.

JACOBO.

¿Quién eres pues?

MARIANA.

Ahora bien,

dudes de mi afecto ó nó,  
júzgueslo amor ó desden,  
vete en buen hora... tambien;  
tambien á sufrir voy yo.

JACOBO.

Espera.

MARIANA.

No, no es posible  
aquí ya permanecer.

JACOBO.

¿Tanta perfidia es creíble!

MARIANA.

Vete, Jacobo, es terrible  
el amor de esta mujer.

JACOBO.

Has de oírme.

MARIANA.

Presto, acaba...

JACOBO.

¿Piensas tú que mi pasión  
blasones en ti buscaba,  
ni otra cosa demandaba  
que ternura y compasión?  
¿Qué importan nobleza y oro  
cuando hay amor y virtud,  
y ese tan rico tesoro  
que en ti frenético adoro  
de hermosura y juventud?  
Habla... y si puede bastar  
mi mano á satisfacerte  
únanos luego el altar,  
sino es que quieres gozar  
en mi desdicha y mi muerte.

MARIANA.

¿Juras al Dios soberano,  
que es de tu oferta testigo,  
darme de esposo la mano?

JACOBO.

Deme severo castigo  
si juro su nombre en vano.

MARIANA.

Espera...

JACOBO.

¿Viene alguien?

JUAN DANDOLO,

MARIANA.

Sí;

¿ves un bulto?

JACOBO.

¿Quién será?

MARIANA.

Tal vez mi hermano. ¡Ay de mí!  
que se acerca; vete ya.

JACOBO.

Observaré desde allí.

## ESCENA IX.

BERNARDO. MARIANA.

BERNARDO.

¡Mariana!

MARIANA.

¡Tú tan presto!..

BERNARDO.

¿Te sorprendes?

¿no me esperabas, dí?

MARIANA.

No.

BERNARDO.

Y entre tanto

acaso el tiempo en que mi vuelta esperas,  
no será como de antes sin encanto.

MARIANA.

No comprendo, Bernardo.

BERNARDO.

Por ventura.

¿no me he explicado bien?

MARIANA.

Cierto...

BERNARDO.

¿En qué pasas

las horas tristes de la noche oscura?

MARIANA.

¿En qué, sino en rezar?



BERNARDO.

Bien lo comprendo,  
y por esa razon á tales horas  
buscando mas sublime santuario  
y mas sublime altar, habeis salido  
del humilde oratorio solitario...  
mas no á citas de amor.

MARIANA.

Tales sospechas...

BERNARDO.

Sospechas... ¡Oh! tomad.

MARIANA.

¡Cielos, qué veo!

BERNARDO.

Joya es tuya, Mariana.

MARIANA.

¿Y cómo pudo

á tus manos venir?

BERNARDO.

No sé; mas mira,  
mírala bien, hermana; es una prenda  
de tiernísimo amor; mira que guarda  
de tu cariño despreciada ofrenda.

MARIANA.

Yo...

BERNARDO.

¿No son estos, dí, los rizos bellos  
que engalanaron tu nevada frente?  
¿no es esta la color de tus cabellos?

MARIANA.

Bernardo!..

BERNARDO.

Y esta joya que tu hermano,  
prenda de su querer te dió en un dia,  
prenda es de liviandad, de amor insano  
que hoy atestigua la deshonra mia.

MARIANA.

¡Deshonra! no es verdad: pura y sin mancha  
fue mi pasion, Bernardo: este cariño,  
que inundó el alma de inefable encanto,  
es virginal, como el amor de un niño.

JUAN DANDOLO,

BERNARDO.

¿Quién lo duda? es verdad que no pagara con igual espresion tan tierno afecto, que tu inocencia y tu candor burlaron. ¿En qué mano presumes que esa joya por desgracia encontré?

MARIANA.

Dime; no acierto tanta infamia á creer.

BERNARDO.

¡Oh! el desdichado no mas me infamará.

MARIANA.

¿Quién es?

BERNARDO.

Ha muerto.

MARIANA.

Ah! por mi culpa!

BERNARDO.

No; morir debia: no le mató tu amor ni mi venganza... fue su desdicha y la desdicha mia.

MARIANA.

¿Qué has hecho?

BERNARDO.

¿No lo sabes? ¿no sospechas á qué grado de infamia y desventura tu hermano se arrastró, ni á cuánto grado por tí, por tu cariño, la memoria de un padre y de una madre ha deshonrado?

MARIANA.

No lo digas por Dios.

BERNARDO.

Esto te asusta, y sin embargo, hermana, en el delito siendo conmigo igual, eres injusta. Ambos su tumba sin pudor manchamos; ambos escarnecimos su memoria... ambos tambien es fuerza que muramos.

MARIANA.

¿Es un crimen amar?

BERNARDO.

¿Y si el infame

burlase tu candor?

MARIANA.

No, no es creíble.

BERNARDO.

Mas si fuese capaz...

MARIANA.

¿No eres mi hermano?

Dejarle sin castigo era imposible.

BERNARDO.

Esto debe acabar: harto, Mariana, zeloso de tu honor y tu inocencia espíe tus quiméricos amores...

tu soberbia ambición, y tu imprudencia han colmado mi vida de dolores.

Sí, en esas noches para mí sombrías y hermosas para tí, cuando amorosa

á tus placeres ciega te entregabas

y sin pudor, en hora silenciosa

citas de amor á tus galanes dabas;

presa yo en tanto de infernal martirio

como el tigre tus pasos acechaba

espíando el momento del delirio.

Andrea Foscarini, el noble jóven,

mas que noble galan, de su señora

á la cita acudió... su pobre madre

su triste fin desconsolada llora.

MARIANA.

¿Tú fuiste!...

BERNARDO.

Aquel Filipo Trevisano, opulento señor, turbó de nuevo

tu corazón, haciendo que olvidases

el triste fin del mísero mancebo.

También era una noche bien oscura,

bien oscura por Dios, cuando acudía

á la cita fatal... combate horrible

fue aquel, porque su brazo era valiente

JUAN DANDOLO,

y era afrontarle á la verdad terrible.  
Pero conmigo la razon luchaba....  
cayó....

MARIANA.

Filipo... tú... tú le mataste...  
tú mataste á los dos!... lo sospechaba.  
Oh! con que á mí tan solo en este mundo  
me es vedado el amar?...

BERNARDO.

Mal lo comprendes.  
¿Por qué ambiciosa y ciega al amor torpe  
de esos nobles sin fé solo te enciendes?  
¿Sabes que hay una ley, una barrera  
que á los hombres separa? esa es la cuna  
y es el oro tambien; ¿cuál es, Mariana,  
cuál es tu nacimiento y tu fortuna?  
Mas si la valla quebrantando alguno  
tu altivo origen olvidar parece,  
máscara es esa que engañoso toma,  
milano es, que descende de su altura  
por devorar la tímida paloma.  
Mas no temas jamás, mientras yo viva,  
que la valla quebranten: si el milano  
en derredor de tí su vuelo tiende,  
á su pesar conozca, que la garra  
del águila altanera te defiende.

MARIANA.

Sí, dices bien, á tanto desvario  
es fuerza renunciar.

BERNARDO.

Pero esta noche  
no esperas, dí, al galan?

MARIANA.

Bernardo, entremos;  
ya mas no le he de ver.

BERNARDO.

Yo lo aseguro,

MARIANA.

Ven.

BERNARDO.

Yo le espero aqui.

MARIANA.

¿Qué dices? calla...

ya no vendrá esta noche, te lo juro.

BERNARDO.

Entra, yo aquí me quedo.

MARIANA.

No.

BERNARDO.

Si temes  
mi indignacion, aparta; porque airado  
no sea que en tí misma ensaye el golpe  
que ha de herir al amante desdichado.

MARIANA.

¡Oh! no me apartaré.

BERNARDO. (*Sacando el puñal.*)

Pues bien...

MARIANA. (*Huye dando un grito.*)

¡Dios mio!

JACOBO. (*Sale.*)

Yo te defiendo.

MARIANA.

¡Ay, huye!

BERNARDO.

¡Miserable!

PEDRO.

Venid...

MARIANA.

Huye, Jacobo...

BERNARDO.

Estamos solos...

Desnudad vuestra espada... ved que arde  
lleno el pecho de saña.

JACOBO.

Es imposible...

Con vos no he de reñir.

BERNARDO.

¡Tambien cobarde!

JACOBO.

Cobarde, nó.

BERNARDO.

Pues bien, aunque no lidies,

te mataré, villano.

JACOBO.

Bueno fuera.

á no estorbarlo yo.

BERNARDO.

Pronto veremos.

como lo evitarás.

JACOBO.

De esta manera.

(*Vase.*)



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

JACOBO. MARIANA.

JACOBO.

¿Recelar puedes de mí  
que te salvo de un tirano?

MARIANA.

Jacobo, al fin es mi hermano.

JACOBO.

No obrára un verdugo así.  
Pero está bien, tu escondite  
á acertar no ha de valer  
por mas que todo el poder  
del infierno solicite.  
Y aun si cupiera en tu amor  
un pequeño sacrificio...

MARIANA.

Ya va por el precipicio  
por lo menos el honor,  
y prenda le creo á fé  
sino buena, suficiente.

JACOBO.

Perdona, anduve imprudente.

MARIANA.

Y otra ademas te daré.  
Si en ganar este aposento  
temerosa consentí,  
en que me guardes aquí  
enamorada consiento.

JACOBO.

¡Oh! y en él te defendiera  
del mundo entero á fé mia  
porque eres mi luz, mi dia...

MARIANA.

¡Quién el porvenir supiera!  
 Acaso en la confusion  
 de estrepitosos placeres  
 has de abrir á cien mugeres  
 las puertas del corazon.

JACOBO.

Mariana, ó no te conoces  
 ó te ha mentido tu espejo;  
 pídele; por Dios, consejo,  
 que ha de desmentirte á voces.

MARIANA.

Muchos lo mismo me han dicho  
 creyéndome mas liviana;  
 pero al fin de una semana  
 tuvieron otro capricho.  
 Si tú como ellos un dia...  
 aparta, sueño importuno.

JACOBO.

Oh! nunca te amó ninguno  
 con tan ciega idolatria;  
 hasta el birrete Ducal  
 que el mismo Dux me ofreciera,  
 sin tí, amor mio, creyera  
 que me sentaba muy mal.

MARIANA.

Dime, Jacobo, si sientes  
 lo que diciéndome estás;  
 mas tal vez mañana vés  
 á confesarme que mientes.  
 Cuando sin vida tu padre,  
 libre y poderoso seas  
 y placer que no poseas  
 no encuentres como te cuadre;  
 cuando Jacobo en tutela  
 sea el conde Dagolino,  
 ¿no celará su destino  
 de quien ahora no le cela?

JACOBO.

Destino no habrá mayor  
 que adorarte, y en verdad



que he de hacer con vanidad  
ostentacion de tu amor.  
Todos al pasar corriendo  
y en derredor agolpados,  
curiosos ó embelesados  
¡cuán hermosa! iran diciendo.  
Envidia de las mugeres,  
ídolo de los galanes,  
tú causarás sus afanes  
y amargarás sus placeres.  
Acecharán despechadas  
cuando de tu casa sales,  
las plazas y los canales  
dejándote avergonzadas.  
¡Oh! ¡por dios que es gran placer  
el orgullo en la hermosura!

MARIANA.

Rebélase á tal pintura  
cuanto tengo de muger;  
porque... lo has adivinado,  
sí, todas somos lo mismo;  
orgullo, amor, egoismo,  
guarda el corazon cerrado.  
¡Oh! y frenéticas de amor,  
háy momentos en que diéramos  
cuanto amor hallar pudiéramos,  
por un chal, por una flor.  
Mas... (*Pensativa.*)

JACOBO.

¿En qué piensas mi vida,  
que con secretos enojos,  
se agolpa el llanto á tus ojos?

MARIANA.

¡Si esa pasion fue fingida!  
si pasado un mes, un año,  
fastidiado al fin de mí...  
Dimelo, Jacobo, aqui;  
me matará un desengaño.

JACOBO.

¿Qué dices, Mariana?

Mira,

tal vez en este momento  
 en mil locuras consiento,  
 mas mi amor me las inspira.  
 Yo puedo por no perderte,  
 mirando á tu vanidad,  
 mostrarme por la ciudad,  
 satisfecha con quererte.  
 Aquí tus propios amigos,  
 mas que su necio murmullo  
 harto le pese á mi orgullo,  
 serán de tu amor testigos.  
 Si lo quieres, por tu dama,  
 por tu sierva pasaré:  
 todo, sí, lo arrostraré  
 que nada pesa á quien ama.  
 Mas si tras tanta pasión,  
 tras tanto envilecimiento  
 traidor otro pensamiento  
 te asaltara el corazón,  
 si un día tal vez villano  
 como á esclava me despides,  
 entonces ¡oh! no te olvides  
 de que he tenido un hermano.

JACOBO. (*Aparte.*)

¡Altiua es la muchachuela,  
 y juro á Dios que me place;  
 de viento castillos hace,  
 mas ardimiento revela.  
 (*Alto.*) Estás de sueños, Mariana,  
 y de quimeras hablando;  
 ¿por qué siempre recelando  
 estar hoy para mañana?

MARIANA.

Con ese temor no puedo,  
 Jacobo, celosa soy;  
 siempre tras tu sombra voy;  
 mas de perderla con miedo.  
 Mozo, audaz, enamorado,  
 hoy todo el amor lo vence,

mas temo que te avergüence  
rico y noble lo pasado.

JACOBO.

Avergonzarme, ¿y de qué?  
¿De adorarte, vida mia,  
cuando altares te alzaria  
para prendas de mi fé?

MARIANA.

Mas deliramos, por Dios;  
¿y mi hermano?

JACOBO.

No dará  
donde el escondite está  
si lo queremos los dos.

MARIANA.

El descubre cuanto pasa,  
Jacobo, en toda Venecia.

JACOBO.

En poco su vida aprecia  
si acierta con esta casa.

MARIANA.

Es valiente.

JACOBO.

Y noble soy.

MARIANA.

Es celoso.

JACOBO.

Y soy amante.

MARIANA.

El te seguirá constante

JACOBO.

Yo tras él constante voy;  
y aparta todo recelo,  
que pues yo te guardo aquí,  
no tendrán rastro de tí  
ni las estrellas del cielo.

MARIANA.

Mas fuera lance cruel  
que por guardarme de más  
celándote de él, quizás  
dieras mas pronto con él.

## ESCENA II.

JACOBO *solo.*

Me siento cada vez mas hechizado,  
 mas orgulloso cada vez me siento,  
 y cuanto mas me arriesgo enamorado  
 mas crecen imposibles á mi intento.  
 Jorge, Maffei y Tiépolo decian :  
 «Nada conseguirás de esa altanera;»  
 y de un empeño tan tenaz reian  
 y ha reido á su vez Venecia entera.  
 Oh! la verán de mi pasion vencida,  
 avergonzados la verán, lo juro...  
 ¿mas dónde? en esta cámara escondida  
 en este negro calabozo oscuro.  
 Héme aqui vencedor á quien condenan  
 á esconder con vergüenza su victoria,  
 pues que opuestas razones hoy me ordenan  
 callar á un tiempo y pregonar mi gloria.  
 Pedro. (*Llamando.*)

## ESCENA III.

JACOBO. PEDRO.

PEDRO.

Señor.

JACOBO.

¿Has oido?

PEDRO.

Alguna cosa entendí,  
 y por cierto que no ví  
 galan mas comprometido.

JACOBO.

Me ama.

PEDRO.

Con el alma toda.

JACOBO.

Y en todo consentirá.

PEDRO.

Eso, el tiempo lo dirá  
y todo el mundo en la boda.

JACOBO.

¿Qué estás de boda diciendo?

PEDRO.

¿Cómo pues; no os casareis?

JACOBO.

No.

PEDRO.

Pues vos os lo vereis,  
que yo por mí no lo entiendo.

JACOBO.

Basta de chanzas por hoy,  
y un buen consejo me dá.

PEDRO.

Yo, señor, no alcanzo ya  
otro alguno por quien soy.

JACOBO.

¿Eso respondes por Dios?

¿Acaso, bribon, no fuiste  
quien robarla propusiste?

PEDRO.

¿Por qué lo aceptasteis vos?

Dijisteis que era tan bella,  
que era tan irresistible,  
que dabais por imposible  
vivir un punto sin ella.

Dijisteis que por su amor  
daríais el paraíso...

y juzgué que era preciso  
dároslo al cabo, señor.

No hallo de qué os irriteis  
porque os serví causa alguna;  
dijisteis, es mi fortuna...  
en la mano la teneis.

JACOBO.

Eso... siempre se habla así...  
pero se entiende de modo...

PEDRO.

Es que yo lo entiendo todo

JUAN DANDOLO,  
como me lo hablan á mí.

JACOBO.

Ponte, Pedro, en la razon  
y hablemos claros: testigos  
quiero á todos mis amigos  
hacer de mi posicion.  
Todos me dieron en ojos  
con mi amante vanidad,  
y ahora me importa en verdad  
pasársela por los ojos.

PEDRO.

Pues casaros no quereis,  
por imposible lo tengo.

JACOBO.

En lo difícil convengo.

PEDRO.

Vale mas que lo dejeis.

JACOBO.

¿Dejarlo? por vida mia  
que estás de sobra importuno:  
¿pescador hubiera alguno  
que á tal se resolveria?  
Dejarlo cuando ya está  
toda Venecia en acecho,  
y si no dan con lo hecho  
van á los alcances ya?  
Me apedrearan en Rialto  
y á fé que lo mereciera,  
que al menos confesar era  
que vivo de aliento falto.

PEDRO.

Si tan decidido estais  
yo sé en ello lo mejor:  
dad desde hoy á vuestro amor  
cuanto escándalo podais.

JACOBO.

¿Eso propones?

PEDRO.

Sois noble,  
esperais grandes riquezas,  
y á empezar vuestras grandezas

## ACTO II, ESCENA III.

teneis con derecho doble.  
 Si fuérais un gondolero,  
 un soldado, ya se vé,  
 contra ello clamára á fé  
 el dux y el estado entero.  
 Pero en vos no será nada,  
 yo sé que os lo aplaudirán,  
 á lo mas, lo mas, dirán  
 que es una calaverada,  
 y teneis tantas á cuenta  
 que poco importa una mas.

JACOBO.

No me ha importado jamas  
 por una ni por sesenta.  
 Mas fuera necia locura  
 sin estrema precaucion,  
 dar tamaña ostentacion  
 á tan audaz aventura.  
 Pero aun con suerte leal  
 seria ese intento vano:  
 ese maldito de hermano  
 ¿no tiene en los sesos sal?

PEDRO.

Con oro...

JACOBO.

Será altanero,  
 y si en honra no ha nacido,  
 ¿qué villano no ha creído  
 que fue siempre caballero?

PEDRO.

Si vano el oro desprecia,  
 con acero se le paga.

JACOBO.

Vil, te atreves...!

PEDRO.

Oh! si hay plaga  
 de acreedores en Venecia!  
 En no pudiendo cobrar,  
 el que primero se atreve,  
 ó el deudor mata al que debe  
 ó el otro al que ha de pagar.

JUAN DANDOLO,

JACOBO.

¿Y tal, villano, propones  
á Jacobo Dagolino?

PEDRO.

Cada cual va á su camino,  
y hay quien le anda á tropezones.  
Consejo me habeis pedido,  
y os he dado mi consejo:  
á voluntad os lo dejo  
y nada habemos perdido.  
Quisísteis pronto llegar  
y por el atajo eché;  
si torpe el camino erré  
aun se puede remediar.

JACOBO.

Hacer de una muchachada  
un lance tan criminal,  
nunca, Pedro, pensé tal.

PEDRO.

Perdonad...

JACOBO.

Va perdonada.

PEDRO.

Pero cosa tan mezquina  
hallar un acreedor es,  
que se encuentra á dos por tres  
á vuelta de cada esquina.

JACOBO.

¿Aun piensas infame en ello?

PEDRO.

Luego, anda tanto maton,  
tanto hidalgo valenton  
que riñe por un cabello...  
y en fin, no es señor mi intento  
dudar un punto de vos,  
mas aquí para los dos  
me dá este asunto tormento.  
Tengo un no sé qué...

JACOBO.

Despacha,

¿tienes miedo?



PEDRO.

Acaso, acaso...  
y me temo algun mal paso  
al fin con esa muchacha.

JACOBO.

Acaba y no me atormentes,  
¿qué temes, dí, qué recelas?

PEDRO.

Todas esas muchachuelas  
son tan ligeras de mientes,  
que si á sospechar llegara  
que es vuestro amor, amor puro,  
solo amor...

JACOBO.

¿No estás seguro  
tal vez de que lo arreglara?  
¡Oh! nada hay ya que temer  
presa en mis lazos cayó  
y el medio poseo yo  
de guardar á una muger.

PEDRO.

No confieis demasiado,  
que tal vez la confianza  
á muchos con la esperanza  
en las manos ha dejado.  
Sin darla que sospechar  
no podéis, en mi opinion,  
cerrarla puerta y balcon  
prohibiéndola mirar.  
Y una seña á una ventana,  
á media noche un gemido,  
un guante, un papel caido  
puede perderos mañana.

JACOBO.

Si llegase á tal extremo,  
mi espada ¿no va conmigo?

PEDRO.

Todo el cielo me es testigo  
de que por vos nada temo.  
Mas cosa que desatina  
tener acreedores es,

JUAN DANDOLO,  
 y es facil á dos por tres  
 hallar uno en cada esquina.  
 Y bueno es pensar en ello  
 cuando anda tanto maton,  
 tanto hidalgo valenton  
 que riñe por un cabello.

JACOBO.

No vas del todo sin tino,  
 y algo pesan tus razones.

PEDRO.

Si es mejor dar tropezones  
 que no dar con el camino.  
 Porque si el maldito hermano  
 quisiera reñir con vos,  
 sé muy bien que entre los dos  
 lo arreglarais mano á mano.

Pero eso de consentir  
 en ponerse de vigia  
 toda una noche y un dia  
 para no veros venir;  
 eso de andar destacado  
 buscando siempre un objeto  
 y no dar con un sugeto  
 y volver desatinado  
 corriendo de ceca en meca,  
 para venir á parar  
 en que acaban de sacar  
 un cadaver del Giudecca.

Yo, señor, siento temello  
 mas lo temo y me aniquilo...  
 (Tengo la vida en un hilo  
 mientras Bernardo ande en ello.)

JACOBO.

Mas otro medio no ocurre,  
 una enfermedad, un viage,  
 la variacion de parage,  
 la necesidad... discurre.

PEDRO.

Pues, señor, no doy con él:  
 mientras que viva el hermano  
 cuanto se haga será en vano.

JACOBO.

¡Tambien es lance cruel!

PEDRO.

No paseis por ello pena;  
 lo haremos entre los dos,  
 y yo arreglaré con Dios  
 nuestra cuenta mala ó buena.  
 Yo buscaré á Juan Dandolo,  
 y por corta cantidad,  
 esta noche en la ciudad  
 hallará á Bernardo solo.  
 Juan sabe bien su papel;  
 beberán juntos quizás,  
 y unas palabras no mas  
 tendrá en la calle con él.

JACOBO.

Y yo he de pagar...

PEDRO.

No, no:

vos me haceis adivinar  
 dónde oro quereis dejar,  
 y de alli os lo quito yo.  
 Y con esto, de contado,  
 vos nada teneis que hacer,  
 y yo habré de responder  
 á mas, de haberos robado.

JACOBO.

¡Imposible!

PEDRO.

Pues mirad

que temo por vuestra vida:  
 al demonio está vendida;  
 tened de ella caridad.  
 Y á mas, ¿qué adelantareis  
 con tenerla aqui encerrada,  
 cuando nadie creerá nada  
 por mucho que lo conteis?

JACOBO.

Pero al menos, si eso fuera  
 por ejemplo, en desafio...

JUAN DANDOLO,

PEDRO.

Si así es mejor, no porfío;  
que sea de esa manera.

Mirad por ese balcon:

*(Va á una ventana.)*

¿veis en aquel esquinazo  
un embozado, que un brazo  
posa en el guarda-canton?

JACOBO.

Le veo.

PEDRO.

¿Le conocéis?

JACOBO.

No por cierto.

PEDRO.

Es Juan Dandolo:

parece puesto allí solo  
para que vos le llameis.

Vuestra bolsa os he cogido;

*(Coge de una mesa la bolsa.)*

de un salto en la calle estoy:

llamo, pide, cuento, doy,

y negocio concluido. *(Vase de repente.)*

JACOBO.

Tente, Pedro... y vive Dios

que al cabo razon le sobra;

él se atribuye la obra,

él responda por los dos.

## ESCENA IV.

JACOBO, y vuelve PEDRO.

PEDRO.

Aquí le tenemos.

JACOBO.

No verle me importa.

PEDRO.

Pues bien, retiraos.

JACOBO.

¡Con tiento por Dios!

PEDRO.

Será, lo prometo, conferencia corta.  
Llevaos adentro la niña con vos;  
cuidado que astuta la trampa sospeche.

JACOBO.

De mí te confía.

PEDRO.

Podeisla contar  
un cuento bien largo, que el tiempo aproveche.  
Sinó, dadla celos y hacedla rabiarse.

## ESCENA V.

PEDRO. BERNARDO *con máscara y distinto traje del  
que usó en el acto anterior.*

BERNARDO.

En vela he pasado la noche y el día;  
¡ay de ellos, si necios la guardan aquí!

PEDRO.

Entra.

BERNARDO.

¿Qué me quieres?

PEDRO.

De grande cuantía  
á darte un encargo te llamo.

BERNARDO.

Pues dí.

PEDRO.

La máscara deja; sepamos quien eres.

BERNARDO.

Si cumplo contigo, no importa quien soy.

PEDRO.

¿Que arriesgue un secreto á tu máscara quieres?

BERNARDO.

Mi rostro es muy feo, mi nombre te doy.  
Yo soy Juan Dandolo, mi cifra es aquesta;  
mas señas no tengo que aqueste puñal:  
ve pues, si te basta, y el oro me apresta:  
si es grande el empeño, será el premio igual.

JUAN DANDOLO,

PEDRO.

Empeño... no hay mucho; la muerte de un hombre:  
se quiere en secreto.

BERNARDO.

¿Es noble?

PEDRO.

Tal vez.

BERNARDO.

¿Del pueblo?

PEDRO.

Artesano.

BERNARDO.

Veamos su nombre.

PEDRO.

Veamos si aceptas.

BERNARDO.

Me sobra altivez.

Si es pobre y plebeyo me niego del todo,  
que indigno es por ello gran suma exigir,  
y es mengua miserias ganar de ese modo.

PEDRO.

Pecó.

BERNARDO.

Que se enmiende, dejadle vivir.

PEDRO.

A un noble ha ofendido, que muera le cuadra.  
Ve si has de matarle.

BERNARDO.

Cobarde es á fé.

PEDRO.

¿Cobarde?

BERNARDO.

¿No sabes, á un perro que ladra,  
con qué se castiga?

PEDRO.

¿Con qué?

BERNARDO.

Con el pie.

PEDRO.

Es perro que muerde.

BERNARDO.

¿Valiente?

PEDRO.

Y de brios.

BERNARDO.

Pues vé si le nombras.

PEDRO.

Si aceptas me di.

BERNARDO.

Ya estás importuno, los bravos son míos:  
huelgo en que resistan.

PEDRO.

¿Qué dices?

BERNARDO.

Que sí.

PEDRO.

¿Lo juras? ¿palabra me empeñas?

BERNARDO.

La empeño.

PEDRO.

Si dudas sabiendo...

BERNARDO.

Jamás dudé yo.

PEDRO.

Pues toma. (*Le alarga un bolsillo.*)

BERNARDO.

Que escuso dirás á su dueño.

PEDRO.

Son doblas y en oro.

BERNARDO.

Despues, ahora no.

PEDRO.

Bizarro eres.

BERNARDO.

Ya lo ves.

PEDRO.

¿En tal caso, está acabado  
el negocio?

BERNARDO.

De contado;

mas dime el hombre quien es.

JUAN DANDOLO,

PEDRO.

Pues tu palabra te aprieta,  
quitarás la luz del cielo  
á Bernardo Caravello  
espadero en la Piazeza.

BERNARDO. (*Aparte.*)

Aqui estaba, no mentí;  
mis celos fueron leales:  
mas no son tantos los males  
cuando me tienen aqui.  
¡Vive Dios!..

PEDRO.

¿Dudando estás?

BERNARDO.

No, pero en verdad que siento  
que me cueste un juramento,  
un Caravello no mas.

PEDRO.

¿Luego le conoces bien?

BERNARDO.

Como á mí mismo, y me pesa.

PEDRO.

Pues vé que nos interesa  
que presto muerte le den.

BERNARDO.

Se la darán.

PEDRO.

Por si acaso,  
y pues que su nombre sabes,  
calcula antes que le acabes  
la dificultad del caso,  
y aprecia tu intrepidez.

BERNARDO.

Casi de balde lo hiciera,  
que he pensado en que muriera  
ese hombre, mas de una vez.

PEDRO.

Cien doblones. (*Mostrando la bolsa.*)

BERNARDO.

Hartos son,  
y aun temo no merecellos.



PEDRO.

¿Dónde?

BERNARDO.

Aquí, vendré por ellos  
cuando traiga la razón. (*Con intención.*)

PEDRO.

Con que...

BERNARDO.

Pronto morirá.

PEDRO.

¿Cuándo?

BERNARDO.

Antes de media hora.  
que sé que en acecho ahora  
á pocos pasos está.

PEDRO.

Doble el premio será así,  
y no temas ser muy cruel.

BERNARDO.

Pronto doblarán por él...  
(como no doblen por tí.) (*Vase.*)

## ESCENA VI.

PEDRO, luego JACOBO.

PEDRO.

Estamos al cabo, la cosa está hecha,  
podremos al menos seguros vivir.  
¡Qué diablo! la cuenta será un poco estrecha  
que cuanto mas tiempo mas hay que añadir.

JACOBO.

¿Está concluido?

PEDRO.

Sin duda, es asunto  
que notas no admite ni en contra ni en pró.

JACOBO.

Con que el pobre mozo....

PEDRO.

Contadle difunto.

JACOBO.

Por valiente pasa.

PEDRO.

Decid que pasó.

Ya con Caravello su odio es antiguo,  
y en pagar su muerte le hicimos merced;  
en sitio le tiene seguro y contiguo.

JACOBO.

¿Lidiarán acaso?

PEDRO.

Lo harán de una vez.

JACOBO.

¿Le diste las doblas?

PEDRO.

Tomarlas no quiso  
y os pide disculpa.

JACOBO.

¿De balde lo hará?

No quiero esa cuenta; pagarle es preciso:  
su causa y la mia tal vez mezclará,  
y yo con un bravo que mata en la sombra  
no pienso hacer nunca mi causa comun.

PEDRO.

Es hombre de garbo; valiente se nombra.

JACOBO.

Es vil asesino, cobarde...

PEDRO.

Segun.

El tiene su fama, su pueblo y su gente,  
y hay quien sus bazañas le canta tambien.

JACOBO.

Jamas un infame podrá ser valiente,  
y á mi me interesa que el oro le den.

PEDRO.

Dijo que en cumpliendo por ello vendria.

JACOBO.

Dáselo y que nunca le vuelva á ver yo.

PEDRO.

Sinó por su infamia, ¿de vos qué seria?

JACOBO.

Yo ballara algun medio.

PEDRO.

Pudiera que no.

En fin, como quiera seguros estamos;  
no esteis por tan poco cabizbajo asi:  
ya os dige denantes que si ambos pecamos,  
yo llevo las cuentas por vos y por mí.

JACOBO.

¡Bellaco!...

PEDRO.

Y al cabo, señor, es lo cierto  
que en ello ganamos á medias los dos:  
yo, hablando de veras, en miedo del muerto,  
y vos por mis cuentas el miedo de Dios.

JACOBO.

Ya basta. Apostado le aguarda en la calle:  
no vuelva y Mariana le acierte á encontrar.

PEDRO.

*(Inclinándose con aire socarron é hipócrita.)*  
¿Qué más á este siervo teneis que mandalle?

JACOBO.

*(Con severidad.)*

Que de él en tu vida me vuelvas á hablar.

## ESCENA VII.

JACOBO.

Acaso el menguado, mejor merecia  
por hombre á lo menos, como hombre morir...  
mas es cuento largo; la culpa no es mia:  
bien muerto está el muerto, dejadle dormir.  
Ya ahora no es tiempo de duda ó temores;  
¿qué importan los medios si llevan al fin?  
desde hoy en el mundo no habrá mas que flores:  
ábreme, pues, mundo, tu libre jardin.  
Ven, crédula hermosa, que el mundo te espera,  
la gloria te aguarda, de un dia quizás!...  
mas breve y liviana, por último es gloria  
y al menos un dia dichosa serás.  
Por ese momento de triunfo mundano  
la vida vendiera y el alma tambien...

mi casa es muy noble, mi padre ya anciano...  
 gran cosa es mi nombre llevándole bien.  
 Que me abra Rialto sus arcas de hierro,  
 que sacie mi orgullo, mi ciega ambicion,  
 y luego aunque doble la usura por yerro  
 y en prendas me pida mi propio blason.

## ESCENA VIII.

JACOBO. MARIANA.

MARIANA.

Tan solo Jacobo aqui  
 y tan cabizbajo estás!  
 ¿En qué pensabas?

JACOBO.

En tí.

MARIANA.

¿Si siempre hicieras así!

JACOBO.

¿Y qué pudiera hacer mas?  
 Esclavo de tu hermosura,  
 ni un punto del pensamiento  
 puedo borrar tu pintura:  
 no pienso un solo momento  
 mas que en tu propia ventura.

MARIANA.

¿Y en que pensabas ahora  
 por mi ventura, mi amor?

JACOBO.

En que está cerca la hora  
 de que puedas quien te adora  
 nombrar do quier sin rubor.

MARIANA.

¿Oh! loca me has de volver:  
 tú me engañas.

JACOBO.

No en verdad.

MARIANA.

¿Con que pronto?

JACOBO.

Podrá ser.

MARIANA.

¡Aun no lo acierto á creer,  
no me engañes por piedad.  
Ve que te amo en tal manera,  
que consentida ya de ello  
si me faltaras, muriera,  
que siento la vida entera  
suspendida en un cabello.

JACOBO.

¡Engañarte! no por cierto,  
¿y á qué tan raro capricho?

MARIANA.

Si estoy soñando no acierto;  
el cielo, sí, me has abierto,  
Jacobo, con lo que has dicho.  
Repítemelo otra vez.

JACOBO.

Y otras ciento si lo quieres:  
vas á ser en tu altivez  
de toda Venecia prez  
y rabia de sus mugeres.

En lo noble y poderoso  
pocos se igualan, á mí;  
á tí, ninguna en lo hermoso;  
tú bella y yo generoso,  
¿quién no ha de envidiarnos, dí?

Mi amor dirá á mi riqueza  
«dadla plumas, dadla chales,  
cuanto quepa en su grandeza,  
y por ver tanta belleza  
se poblarán los canales.

Cuando en mi góndola real  
grite á mis esclavos.— ¡Sus!  
y al agua! — habrá en el canal  
quien te haga venia ducal  
como á la esposa del Dux.

MARIANA.

Calla, sin aliento estoy  
de placer, calla por Dios.

JUAN DANDOLO,

JACOBO.

Y tanto á aprestarte voy  
que no ha de haber por quien soy  
quien goze mas que los dos.

MARIANA.

Soy Jacobo tan feliz!  
tan...

JACOBO.

Silencio, pasos siento  
y vé que el menor deslíz,  
nuestra fortuna, infeliz  
puede hacer en un momento.

*(Va á la puerta.)*

¡Una máscara! Sin duda...  
Mariana, déjame solo.  
De ese aposento te escuda  
y estate allí sorda y muda.  
(¿Si habrá cumplido Dandolo?)

MARIANA.

¿Tardarás?

JACOBO.

No; asuntos son  
de casa en que estoy tratando.

MARIANA.

No me olvides!

JACOBO.

Esperando  
me queda.

MARIANA.

Y desde el salon  
puedo esperar escuchando.

## ESCENA IX.

JACOBO BERNARDO.

JACOBO.

¡El es! *(Aparte.)*

BERNARDO.

*(Ayudadme, cielos  
á sugetar mi paciencia.)*

JACOBO.

El cielo la dé prudencia  
y no despierte sus celos.

BERNARDO.

Guardeos Dios.

JACOBO.

¿Qué me queréis?

BERNARDO.

Vuestro encargo concluí.

JACOBO.

¿Connigo habláis?

BERNARDO

Con vos, sí.

JACOBO.

¿Acaso me conocéis?

BERNARDO.

Disimular es en vano,  
¿no me habeis buscado vos?

JACOBO.

¿Yo buscaros? no por Dios.

BERNARDO.

(Hiere y esconde la mano.)

Sabed pues....

JACOBO.

Mas bajo hablad.

BERNARDO.

(Aqui está.) Digo que soy...

JACOBO.

Mas bajo. (Temblando estoy.)

BERNARDO.

Soy...

JACOBO.

Bien, comprendo, tomad.

(Dándole la bolsa.)

BERNARDO.

(Sin duda nos puede oír.)

JACOBO.

Es negocio concluido.

(Despidiéndole.)

BERNARDO.

(Pues á buscarla he venido,

JUAN DANDOLO,  
sin ella no he de salir.)  
(*Alto.*) Ya pueden desde este punto  
darle...

JACOBO.

Mas bajo por Dios.

BERNARDO.

¿Le habeis muerto acaso vos  
ó temeis aun al difunto?

JACOBO.

Idos.

BERNARDO.

(Parece que aprieta)  
Me voy, y perded recelo,  
que Bernardo Caravello  
queda muerto en la Piazzetta.

### ESCENA X.

*Dichos*, MARIANA.

MARIANA.

¡Santo Dios, muerto mi hermano!

JACOBO.

Sal pronto, impostor, de aqui.

MARIANA. (*Con rabia.*)

¿Quién mató á mi hermano, dí?

JACOBO. (*Metiendo mano.*)

Sal pronto ó...

BERNARDO.

Tente, villano.

(*Quitándose la mascara.*)

MARIANA.

¡Ay de mí!

JACOBO.

¿Qué es esto, cielo?

BERNARDO.

¿No lo adivinas tú solo?  
Es que viene Juan Dandolo  
á vengar á Caravello.

JACOBO.

Pues bien, quien quiera que seas,  
uno ú otro, vivo ó muerto,



que digas al fin te advierto  
de una vez lo que deseas.

BERNARDO.

De una vez te lo diré:  
quiero tu vida ó mi honor:  
mira tú lo que es mejor,  
que sin ambos no me iré.

JACOBO.

Vé tú lo qué bien te está  
y consulta tu ambicion.

BERNARDO.

Corazon por corazon  
y honor por honor me vá.  
Eso te doy á elegir  
y no hay mucho que dudar;  
con ella te has de casar  
ó conmigo has de morir.

JACOBO.

¿Y sabes?...

BERNARDO.

Todo lo sé,  
que como el dux eres noble,  
riqueza posees al doble,  
no hay quien te competa á fé.  
Mas sé, aunque es herencia corta,  
que tengo honra y tengo hermana,  
y pues la tengo villana  
tenerla honrada me importa.

JACOBO.

Pues mira como ha de ser.

BERNARDO.

Todo lo tengo pensado;  
darasme un papel firmado  
tomándola por muger.

JACOBO.

¿Y mi padre?

BERNARDO.

Morirá,  
que está viejo.

JACOBO.

Mas primero...

JUAN DANDOLO,

BERNARDO.

Pues no tiene otro heredero,  
despues de muerto será.

JACOBO.

(¡No puedo con mi altivez  
por Dios, en trance tan duro!)

BERNARDO.

Vé que mi paciencia apuro.

JACOBO.

Acabemos de una vez.  
No me he de casar con ella  
solo por ser condicion.

BERNARDO.

Pues venga tu corazon.

MARIANA.

¡Hermano!

BERNARDO.

Los labios sella.

JACOBO.

Ven, pues, á beber la hiel  
que guarda con tu sentencia.

BERNARDO.

Es vana tu resistencia,  
que vienen muchos por él.  
A una voz, por la ventana  
suben cuatro como yo.

JACOBO.

Villano!

BERNARDO.

Villano ó nó  
tu corazon ó mi hermana.

JACOBO.

Bien está, dame el papel  
y dicta su contenido.

(En la trampa me ha cogido;  
mas si yo le cojo, ¡ay de él!)

BERNARDO. (*Dictando.*)

«Seis meses despues de muerto  
tu padre, será la boda.»

JACOBO.

¡Gran pena!

BERNARDO.

No es esa toda.  
La condicion falta.

JACOBO.

Es cierto.

BERNARDO.

Y si esa tregua vencida  
no has salido de tu empeño,  
escribe que me haces dueño  
de tu honor y de tu vida.

JACOBO.

(Y hasta entonces, mentecato,  
¿quién te ha dicho que tu hermana  
no habrá muerto, y será vana  
la condicion y el contrato?  
¡Oh! me he de burlar de tí!)

BERNARDO.

Firma y cierra ese papel.  
Yo me quedaré con él.

JACOBO. (*Con ironia.*)

¿Está bien?

BERNARDO.

Bien está asi.

JACOBO.

Y ahora en mas seguridad  
pues que al fin me casaré,  
casa y nombre la pondré  
con decoro en la ciudad.

BERNARDO.

No lo pienses.

JACOBO.

¿Cómo no?

BERNARDO.

Guarda tu nombre y tu oro,  
que desde hoy con mas decoro  
sabré guardártela yo.



## ACTO TERCERO.



Fin de una cena en el palacio Dagolino. — Algunos de los convidados en trages de máscara, como venidos desde el baile á la mesa. — En el fondo á lo lejos, el salon del baile. — Música y tumulto.

### ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO. JACOBO. MAFFEL. PEDRO (*en pie*) y seis convidados. ANINA, ROSA, INES y otras dos damas.

JACOBO.

Ja! ja! ¿Don Ramiro, ya os ata la lengua mi lácryma?

MAFFEL.

¡Bravo!

UNO.

Las copas tomad.

Dejemos á España: que á fiestas es mengua llamarla al tumulto de nuestra ciudad.

OTRO.

Dejemos á España, no vale su gente mas que para sangre verter en la lid.

OTRO.

Decid, don Ramiro, ¿y el noble valiente, despues de un combate, no brinda en Madrid?

OTRO.

¿Qué vale que tengan Jerez en España?

OTRO.

Mejor estuvieran sus viñas aqui.

MAFFEL.

¿No se hacen botellas?

RAMIRO.

¿Y aquesto os estraña?

Se templan espadas y lanzas alli.

UNO.

Lo dicho; no hablando de sangre y de guerras,  
no hay mas en las fiestas de España que hablar.

RAMIRO.

Con sangre regamos allá nuestras tierras,  
y asi hasta el labriego se apresta á lidiar.

ROSA.

Mas hay, segun dicen, jardines floridos.

INES.

Y sotos pomposos.

ANINA.

Y dicen tambien  
que al son voluptuoso de blandos sonidos  
alegres comparsas de danzas se ven.

RAMIRO.

Houris, no se encuentran acaso tan bellas,  
cual estas que agora cercándome están;  
mas yo os aseguro, señoras, que entre ellas,  
las hay que os causaran un punto de afan.  
No hay blondos cabellos, teces de azucenas  
con ojos que roban al cielo su azul,  
más hay serafines con teces morenas  
por quien bota buques al agua Stambúl.  
Brindemos á España, pais de placeres,  
do ponen los moros su gloria y su eden.

JACOBO.

Brindemos, mas luego por nuestras mugeres  
es fuerza que España nos brinde tambien.

RAMIRO.

Sin duda, no quita el cortes al valiente,  
y es noble Venecia, pomposa ciudad.

JACOBO.

A España, señores, á su ínclita gente. (*Brindan.*)

RAMIRO.

Lácryma y Venecia, que dan libertad.

UNO. (*A Ines.*)

Ines, ¿no brindasteis?

OTRO.

¿Acaso te dieron  
enojos las bellas del suelo español?  
No temas, hermosa, yo sé que no vieron

JUAN DANDOLO,

cual la de tus ojos, la luz de su sol.

JACOBO.

Pedro, ¿de qué cuba sacaste ese vino,  
que no bebe el conde?

PEDRO.

De la honda, señor.

JACOBO.

Pues rompe su copa, y en vaso argentino  
escánciale chipre, que lo halla mejor,UNO. (*A Rosa.*)

¿En qué piensas, Rosa?

ROSA.

En tí.

EL MISMO.

Por mi vida

que poco en tu mente posar me creí;

¿y á quién debo, dime, tan dulce guardida?

ROSA.

Tu voz, ¿en quién deja pensar sino en tí?

EL MISMO.

¿Y quién de una copa, tomando su tono  
á oídos pequeños arregla la voz?Apróntame Chipre, verás como entono  
y hago gorgoritos como un ruiñeñor.

JACOBO.

Anina, levanta la copa.

ANINA.

Brindemos.

JACOBO.

Al viento mas suave que sopla en el mar.

ANINA.

El brindis extraño.

JACOBO.

¿Pues qué no sabemos  
que Giacomo vuelve?

UNO.

Pues es un azar.

¿Y el jóven Guarini?

OTRO.

Son ambos valientes.

El uno á lo menos.

OTRO.

JACOBO.

Y el otro.

ANINA.

Mas yo...

EL 1.<sup>o</sup>

Guarini es bizarro.

OTRO.

Son algo parientes.

OTRO.

Sí; por una deuda que el padre dejó.

UNO.

Brindemos primero.

OTRO.

Brindemos.

TODOS.

Brindemos.

JACOBO.

La historia vendrá de la deuda despues.

UNO.

Al viento mas manso.

OTRO.

Los vasos crucemos.

ANINA.

Mas ved, caballeros...

JACOBO. (*A Ines.*)

Las copas, Ines.

(*Brindis.*)

UNO.

Ahora, la historia.

ANINA.

Mirad bien, señores...

OTRO.

Anina, en nosotros secreto estará.

TODOS.

La historia.

UNO.

No hay cosa como unos amores,  
tras de quien el diablo por último dá.

Mas ved...

EL QUE HA DE CONTAR.

Dos palabras.

TODOS.

La historia... la historia.

UNO.

Anina, si al cabo se habrá de saber.

JACOBO.

Cuanto antes se sepa, mas pronto memoria  
no quedará de ello.

OTRO.

Por fin ha de ser.

UNO.

Vogaba en el Lido ligera una tarde  
la góndola Diana de Guiácomo; en pós,  
haciendo en seguirla quimérico alarde,  
la iban á lo lejos la pista otras dos.  
Guiácomo volaba por esos canales,  
cada vez vogaba su góndola mas.  
No tuvo Regatta dos remos iguales,  
que siempre las otras llevaba detrás.  
Ya casi tocaba la arena olvidada  
del puente que presta al palacio ducal  
camino á la cárcel... paróse cruzada  
la Diana en el medio del largo canal.  
Ya solo alumbraba crepúsculo vago,  
y solo confuso se oía el rumor  
del anecho canal que desagua en el lago,  
y al lejos del puerto discorde el clamor.  
Las góndolas iban cercando á la Diana  
cuando esta tocando la orilla, posó  
en tierra una dama que huyendo liviana,  
á un hombre en la playa por guarda dejó.  
Y en vano tras ella á par se lanzaron  
dos nobles que guardan las góndolas dos;  
la espada en la orilla de Giácomo hallaron,  
y en la misma noche cenaron con Dios.

TODOS.

¡Giácomo!

UNO.

¿Y la dama?



EL QUE CUENTA.

Silencio; la historia

á tanto no llega.

OTRO.

Anina, ¿qué tal?

JACOBO.

Señores ya basta: brindad en memoria  
de ese que valiente venció en el canal.

UNO.

A Giacomo brindo.

OTRO.

Dios quiera que el viento  
le traiga cuanto antes con oro y con bien.

JACOBO.

Escáncianos, Pedro, licor de Sorrento,  
que ofusque á Ramiro de España el eden.*(Brindan: Don Ramiro y otros convidados se le-  
vantán.)*

JACOBO.

¿Os vais, caballeros?

RAMIRO.

¿Y el baile no espera?

JACOBO.

Lo habia olvidado.

*(Otro de los que se van.)*

¿Y vos no venis?

JACOBO.

Desaire á este lágrima hacer no quisiera.

VARIOS.

¡Justo!

D. RAMIRO.

Confesáos con él.

JACOBO.

Bien decís.

*(Vanse todos, menos Jacobo y Maffei.)*

ESCENA II.

MAFFEI. JACOBO.

JACOBO.

¿Ahí te quedas?

JUAN DANDOLO,

MAFFEI.

Ya lo ves.

JACOBO.

¿No bailas?

MAFFEI.

Cosa es por hoy  
imposible, porque estoy  
no muy seguro en mis pies.

JACOBO.

No te sirve eso de excusa,  
que no hay uno, ¡vive el cielo!  
que no tropiece en un pelo. (*Se sienta.*)

MAFFEI. (*Bebe.*)

¡Es fuego este Siracusa!

¿Qué no te vas?

JACOBO.

¡No, pardiez!

Luego iremos al salon.

MAFFEI.

Asi me harás la razon. (*Bebe.*)

Plomo hirviendo es tu Jerez,  
que convierte la alegria  
en báquico frenesí.

Lágrima, esclavo! (*Bebe.*) Esto sí;  
esto es néctar y ambrosía.

JACOBO.

Alegre estás.

MAFFEI.

¿Por qué no?

y tú desalmado y triste...  
sin duda que no bebiste.

JACOBO.

Te equivocas... ¿Triste yo?

MAFFEI.

Mal hicieras... ¡Oh! el gozar,  
esta es la vida, y reir  
olvidados del morir,  
y olvidados de pensar!  
Y aunque mueran en su abril  
mis ilusiones livianas,  
y jamas cubran las canas

esta frente juvenil.  
 Sí, porque quiero llevar  
 al fondo del ataúd  
 mi risueña juventud,  
 sin padecer ni temblar.  
 Llegue en buen hora mi fin,  
 mas sucumba como fuerte  
 y que me encuentre la muerte  
 á las puertas del festin.

JACOBO.

Tienes razon: yo comprendo  
 asi la felicidad.

MAFFEL.

De amores es nuestra edad,  
 y el amor crece bebiendo.  
 Brindemos.

JACOBO.

Como te cuadre...

Vino.

MAFFEL.

A mí...

JACOBO.

Pues vaya.

MAFFEL.

¡Vaya!..

á que tanta gloria haya  
 cual tuvo deudas tu padre.

JACOBO.

Respeto al que ya murió.

MAFFEL.

¿Y qué dice tanto hebreo  
 que con ardiente deseo  
 su fin tal vez esperó?

JACOBO.

Mi fin esperando están.

MAFFEL.

No pagas deudás?

JACOBO.

No pago.

MAFFEL.

Da esperanzas.

JUAN DANDOLO,

JACOBO.

Eso hago.

MAFFEL.

¿No hay oro?

JACOBO.

Si ellos lo dan.

MAFFEL.

¿Y apuran mucho?

JACOBO.

Si, á fé,

y aunque mi nombre me escuda...

MAFFEL.

¿Quieres pagarlos?

JACOBO.

Sin duda.

MAFFEL.

¿Y qué te falta?

JACOBO.

Con qué.

MAFFEL.

Yo sé un medio.

JACOBO.

¿Un medio? ¿cuál?

MAFFEL.

Yo tambien á veces debo...

JACOBO.

Adelante... eso no es nuevo,  
mas la paga...

MAFFEL.

Esa es fatal.

Supon que el hebreo apura...  
le pides luego el contrato  
en que firmaste insensato  
con el préstamo la usura.  
De la intencion peregrina  
nada sospecha el hebreo:  
vuela en alas del deseo,  
y al dar la vuelta á una esquina...

JACOBO.

Calla.

MAFFEL.

Y así halló su fin  
por ser mi acreedor tan solo  
á manos de Juan Dandólo  
el buen Isaac Benjamin.

JACOBO.

¿Tú fuiste?

MAFFEL.

¿Qué?

JACOBO.

¿Sabes, dí,  
todo el mal que así me has hecho?  
El golpe que hirió su pecho  
también me ha alcanzado á mí.

MAFFEL.

¿De veras?... ¡lance gentil!

JACOBO.

Dandolo tiene una hermana.

MAFFEL.

¿Hermosa?

JACOBO.

No es tan lozana  
la flor del pintado abril.

MAFFEL.

Está de mas la poesia  
y prefiero el canto llano.

JACOBO.

Por largo tiempo el hermano  
ignoró la pasión mía.  
Una noche bien fatal,  
por tu invención peregrina  
halló Isaac en una esquina  
de Juan Dandolo el puñal.  
Una prenda de mi amor  
cuando le hirió el hierro impio  
llevaba el triste judío...  
vieras allí su furor.  
Buscome en fin con deseo  
de matarme...

MAFFEL.

El lance es triste;

:

JUAN DANDOLO,  
mas tú no lo consentiste  
á juzgar por lo que veo.

JACOBO.

Robele la hermana.

MAFFEI.

¡Bravo!

esas son cuentas mas claras.  
Siempre pensé te portáras  
como quien eres, al cabo.

JACOBO.

Pero él, que do quier me espia,  
cuando mas estoy tranquilo  
pronto descubre el asilo  
donde oculta la tenia.

MAFFEI.

¿Y en fin?

JACOBO.

Hízome jurar  
que muerto que el viejo fuera,  
su deshonra redimiera  
con mi mano en el altar.

MAFFEI.

Pero Dandolo murió,  
y aunque viviera, no creo  
que en tan ciego devaneo  
cayeras.

JACOBO

Nunca, eso no.

MAFFEI.

La danza empieza otra vez...  
¿y de esa promesa insana  
aun no ha venido su hermana  
á reclamar?..

JACOBO.

No, pardiez.

MAFFEI.

¿Piensas que vendrá?

JACOBO.

Lo espero.

MAFFEI.

¿Y qué harás?

JACOBO.

Aun no lo sé.

Direla que ya olvidé  
hasta si he jurado.

MAFFEI.

Pero...

*(Vanse hablando: el teatro queda solo un instante.)*

## ESCENA III.

MARIANA *en traje de máscara.*

No está... cuidadosa  
la sala crucé  
buscándole en vano  
cien veces y cien.  
Estoy fatigada...  
aquí esperaré,  
que apenas ya pueden  
tenerme mis pies.  
*(Se deja caer en una silla.)*

La noche está oscura:  
horror, lóbreguez  
del cielo encapotan  
el ancho dosel.  
Silencio de muerte  
se nota do quier  
canales y plazas  
durmiento á la vez;  
la brisa no sopla,  
que duerme tambien...  
la noche es de cierto  
terrible y cruel.  
¡Si en vano este tiempo  
llorando aguardé  
con ciega esperanza  
de loca altivez!  
¡Si tantos delirios  
y tanto amor fiel  
habrán de hallar solo  
desprecio y desden!

JUAN DANDOLO

Entonces, amores,  
 piedad de muger,  
 yo dentro del pecho  
 guardaros sabré.  
 Amor, si á mis plantas  
 rendir no le ves,  
 la miel de tus flores  
 conviértase en hiel.  
 ¡Ay, que si insensatos  
 burlaron mi fé,  
 de cierto la noche  
 terrible ha de ser! (*Pausa.*)  
 ¡Oh, breves instantes  
 de plácido bien,  
 que fuisteis un tiempo  
 mi vida y mi ser!  
 Amantes delirios;  
 tornad otra vez  
 y al alma agitada  
 su dicha volved.  
 Mas ¡ay! que la noche  
 es horrible... aquel  
 fue un tiempo de gloria  
 que no ha de volver.  
 Me abraso... cual late  
 violenta mi sien!...  
 mas... ¡cielos! ¿me engaño?  
 Jacobo... sí, es él.

## ESCENA IV.

MARIANA. JACOBO.

JACOBO.

¡Oh, talle celestial!

MARIANA.

Me ha visto.

JACOBO.

¿Qué haces

aqui tan sola en apartada estancia?  
 Cansate el son de báquicos clamores,  
 ó acaso esperas misteriosa cita



del mortal que rebosa en tus amores?

MARIANA.

Lo has acertado... es eso.

JACOBO.

¿Sí? perdona...  
cedo el puesto al galan.

MARIANA.

No... te esperaba.

JACOBO.

¿Conócesme?

MARIANA.

De cierto.

JACOBO.

Soy yo acaso  
ese mortal feliz?

MARIANA.

¿Quién sabe!

JACOBO.

Acaba.

MARIANA.

¡Tú eres, Jacobo!

JACOBO.

Entonces, ¿por qué ocultas  
tras ese rostro inmóvil tus facciones?

*(Quiere quitarla la máscara.)*

MARIANA.

¿Qué haceis, conde? soldad.

JACOBO.

Si eres hermosa,  
cual lo presumo de tus ojos bellos,  
de esa garganta tersa que engalanan  
en lúbricas madejas tus cabellos,  
¿por qué ocultas el rostro, mi señora?...

MARIANA.

Hermosa me creyeron algun dia,  
luz me llamaron de brillante aurora...  
yo no sé si lo fuí... mas lo creía.

JACOBO.

¿Mas no sabré quién eres?

MARIANA.

Sí por cierto;

mas temo...

JACOBO.

¿Qué?

MARIANA.

Que acaso has de enojarte  
si ya en tu corazon dulces recuerdos  
de un desdichado amor no tienen parte.

JACOBO.

¿Recuerdos de un amor?

MARIANA.

¡Ya no te agrada!

Ya la inquietud á tu semblante asoma,  
y es menos halagüena tu mirada.  
¿Es posible que aún no me conoces?

JACOBO.

No por cierto.

MARIANA.

¡Oh! que sí, que ya en el rostro  
te está el despecho desmintiendo á voces.

JACOBO.

¡Mariana!

MARIANA.

Al fin recuerdas...

JACOBO.

¿Cómo quieres

que olvidára un instante tus memorias,  
que las memorias son de mis placeres?

MARIANA.

¡Ah, me amas todavía!

JACOBO.

Eso no he dicho,  
ni eso quise decir... En su corriente  
los días á las cosas arrastraron,  
borrando así del alma indiferente  
la ilusion de los tiempos que pasaron.  
Este mundo, Mariana, es otro mundo;  
el hombre que ahora ves es ya otro hombre,  
que salvar debe de contacto inmundo  
el esplendor de su orgulloso nombre.

MARIANA.

¿Qué dices?

JACOBO.

La verdad ; lo que tú misma  
debiste conocer en otros días :  
esa ciega pasión, alimentada  
de una esperanza inútil, es ya fuerza  
que sucumba al destino subyugada,  
y que al poder de la razón se tuerza.

MARIANA.

Piénsalo bien, Jacobo, no es ya tiempo  
de volvernos atrás, ni yo he venido  
de una esperanza inútil halagada.

JACOBO.

Habla.

MARIANA.

¿Olvidaste ya que un juramento  
para siempre nos liga?

JACOBO.

No, Mariana:  
ni tú sin duda olvidarás tampoco  
que con violencia entonces me obligaron  
á que tuviera mi nobleza en poco.  
Cierto es que perjuré, que esa promesa  
que tu impudencia á recordar se atreve,  
mas que por mi conciencia fue dictada,  
de un asesino por el hierro aleve.  
Suyo el perjurio fue, suyo es el dolo...  
demándale ese infame juramento  
al cobarde puñal de Juan Dandolo.

MARIANA.

Acabemos, Jacobo, ¿tú no sabes  
que si á tus plantas mi soberbia humillo  
es por piedad á tí?

JACOBO.

¿Piedad, señora ?

MARIANA.

¿Me debes tanto amor!

JACOBO.

Eso sí creo,  
de placer y me amor habla en buen hora.  
Olvida lo demás: el leon regio  
al carnívoro tigre no se enlaza,

JUAN DANDOLO,

ni es posible enlazar en torpe nudo  
tu raza innoble con mi noble raza.

MARIANA.

Ten compasion de tí... por vez postrera  
responde: ¿has olvidado que ofreciste,  
muerto tu padre, recibir mi mano?

JACOBO.

Que lo ofrecí á Dandolo, ya lo viste.

MARIANA.

Tu padre ya murió.

JACOBO.

Tambien tu hermano.

MARIANA.

Si no fuese verdad...

JACOBO.

Lo sé de cierto :  
en Florencia, por mano del verdugo,  
en pago de sus crímenes ha muerto.

MARIANA.

¡Oh! pero aun vive su infeliz hermana;  
piénsalo bien, y que vengarse puede,  
y que si soy muger, soy veneciana.  
¡Ay, si olvidando amores y promesas,  
descuidado y tranquilo te adormeces...  
mísero tú, que de leon blasonas,  
si del tigre la cólera embraveces!

JACOBO.

Ya estais, señora, por demas cansada :  
recordando esos locos devaneos,  
teneis en mucho lo que tengo en nada.

MARIANA.

Me insultais ; noble conde! porque debil  
y humillada me veis, vil y cobarde,  
burlais mi pena y despreciais mi ruego,  
de tan negra maldad haciendo alarde.  
¿Mi engañada pasion teneis en nada?  
¿no temeis que del suelo se levante  
la dignidad de la muger hollada?

JACOBO.

Basta ya, que es inútil la amenaza  
y es inútil el ruego, ya os lo dije.

Nada puede Jacobo Dagolino,  
el noble conde de opulenta cuna,  
á la hermana deber de un asesino.

MARIANA.

Sí, el honor.

JACOBO.

No hay honor entre los tuyos,  
ni cabe mancha donde no hay pureza.

MARIANA.

Tienes razon, Jacobo, ni tampoco  
cabe piedad do la venganza empieza.  
*(Abre la puerta y aparece en ella Bernardo con  
máscara.)*

### ESCENA V.

JACOBO. MARIANA. BERNARDO.

BERNARDO.

Guardeos Dios.

JACOBO.

Muy bien venido.

BERNARDO.

¿Conoceisme?

JACOBO.

¿Un antifaz

usais por rostro?

BERNARDO.

Es disfraz

que para entrar me ha servido.

JACOBO.

No es difícil de acertar,  
baile de máscaras doy.

BERNARDO.

Por eso con ella estoy.

JACOBO.

Idos os ruego á bailar.

BERNARDO.

No vine á bailar aqui.

JACOBO.

¿Venis á hacer oracion?  
no es creo iglesia el salon.

JUAN DANDOLO,

BERNARDO.

Es capilla para mí.

JACOBO.

Pesado estais por demas:  
vengais por lo que viniéreis,  
decidme lo que quisiéreis.  
¿Os deben algo?

BERNARDO.

Quizás.

JACOBO.

¿De quién reclamais?

BERNARDO.

De vos.

JACOBO.

¿Es acaso alguna venta  
no cobrada?

BERNARDO.

Es una cuenta  
incompleta entre los dos.

JACOBO.

Háblad con mi mayordomo.

BERNARDO.

Solo con vos ha de ser.

JACOBO.

Mañana podeis volver.

BERNARDO.

¿Mañana? es muy tarde.

JACOBO.

¿Cómo?

¿Asi osais en mi palacio  
levantaros hasta mí?  
Salid al punto de aqui,  
ó vive Dios!...

BERNARDO.

Mas á espacio.

Una deuda habeis conmigo:  
y es fuerza que la pagueis.

JACOBO.

Mañana la cobrarcis.

BERNARDO.

Al punto ha de ser os digo.

JACOBO.

Pues bien á cuenta tomad,  
*(Alarga una bolsa.)*  
 y volvereis por el resto.

BERNARDO.

No, señor conde, no es esto;  
 esos papeles mirad.  
*(Muéstralos.)*

JACOBO.

Eso es ya distinto asunto:  
 mas... mal negocio teneis;  
 mas os valdrá que dejeis  
 en su descanso al difunto.

BERNARDO.

Harto esa muger os dijo:  
 mirad lo que contestais,  
 y ruegos que no seais  
 en la respuesta prolijo.

JACOBO.

¡Hola! señor valenton,  
 ¿acredor por poderes,  
 y abogando por mugeres  
 venis? ¿daisme compasion!

BERNARDO.

Mejor, conde, os estará  
 la compasion de los dos,  
 porque os juro que de vos  
 tambien compasion me dá.

JACOBO.

Mal forjais tan torpe dolo:  
 si yo ese papel firmé,  
 con quien en él me obligue  
 no es mas que con Juan Dandolo.

BERNARDO.

Solo quien reclama es él,  
 y pues deber confesais,  
 ved la respuesta que dais  
 que os pregunta ese papel.

JACOBO.

Vuestra impostura es bien vana:  
 en un cadalso espiró

JUAN DANDOLO,

Dandolo, y ya no soy yo  
quien se casa con su hermana.

BERNARDO.

Es decir, que si viviera,  
lo hicierais tal vez de miedo.

JACOBO.

(Conmigo mismo no puedo.)

BERNARDO.

¡Nunca tan vil os creyera!

JACOBO.

¿Sabeis á quien hablais?

BERNARDO.

Sí.

JACOBO.

Pues teneos, ¡vive Dios!

BERNARDO.

Teneos, mal conde, vos,  
que os veis delante de mí.

JACOBO.

¿Yo á vos? ¡necio! ¿os olvidais  
que á una voz, á una señal,  
puedo echaros un dogal  
al cuello?

BERNARDO.

¡Mucho fiais!

JACOBO.

Si aun fuerais Dandolo mismo,  
¿no veis que por esa puerta  
teneis á mi voz abierta  
la eternidad y el abismo?

*(Mariana cierra á estas palabras la puerta del fondo.)*

MARIANA.

¡Corto, cerrándola yo,  
el paso á la eternidad!

JACOBO.

¡Traidores!

BERNARDO.

*(Descúbrese.)* Conde, mirad.

JACOBO.

Cielos!



BERNARDO.

Os casais ó nó?

JACOBO.

¡Oh! ; no alcanzo á comprender  
si estoy, santó Dios, despierto!  
¿pues Juan Dandolo no ha muerto?

BERNARDO.

Vedlo vos.

JACOBO.

No puede ser.

BERNARDO.

¿No me esperabas aqui?  
¿Creiste en tu orgullo loco  
que me importaba tan poco  
mi honra y mi vergüenza á mí?  
Porque tal vez no se oia  
su formidable rujido  
creiste al leon dormido,  
mas el leon no dormia.  
Tendido en la sombra espesa  
puso á su cólera barras  
mas al aguzar las garras  
no perdió nunca la presa.  
Porque un impostor villano  
mi nombre acaso tomó,  
fuera ¡el necio! se creyó  
del alcance de mi mano.  
De tí mal pagado á fé,  
nuevas de mi muerte di,  
de la tumba no salí  
porque en ella nunca entré.  
Te engañaste, vive el cielo,  
creyendo tan torpe-dolo,  
porque si era Juan Dandolo  
soy Bernardo Caravello.  
Ve pues lo que has de elegir  
y lo que has de contestar:  
mañana te has de casar  
ó esta noche has de morir.

JACOBO.

Mal esa audacia te está

JUAN DANDOLO,  
cuando en mi poder te tengo.

BERNARDO.

Por una respuesta vengo:  
ve pues quien me la dará.

JACOBO.

Respuesta sí te daré  
y escúchame como empieza:  
esta noche tu cabeza  
al verdugo entregaré.

¡Hola!

(*Va hácia una puerta escusada; Bernardo se le interpone.*)

BERNARDO.

Tente mentecato;  
¿no ves que tu voz sofoca  
el son del baile que toca  
en el salón inmediato?  
Por la vez postrera, conde,  
que una respuesta me des.

JACOBO.

Sal ó mueres á mis pies.

BERNARDO.

Te casas ó no, responde.

JACOBO.

No.

BERNARDO.

Pues como noble lucha,  
ó como traidor te mato.

(*Riñen.—Golpes dentro.*)

JACOBO.

Alli tu sentencia escucha.

BERNARDO.

Con mi justicia me bato  
y es mi confianza mucha.

JACOBO.

La puerta derribarán.

BERNARDO.

Será tarde.

JACOBO.

Muy temprano  
para tí.

*(Mariana, que ha permanecido inmóvil durante esta escena, como resuelta de una vez á dejar su lugar á su vengador, viendo que su hermano lleva la peor parte, esclama.)*

MARIANA.

Piensa ¡oh hermano  
en mis seis meses de afán!

JACOBO.

Mas ira tienes que brio:  
pierdes tierra.

BERNARDO.

No lo sé.

JACOBO.

De un balcon te colgaré,  
si queda el campo por mio.

MARIANA.

Dios te dé hermano valor!

JACOBO.

Es inútil esperanza.

MARIANA.

*(Con despecho.)* Y quedarnos sin venganza,  
es quedarnos sin honor.

*(A estas palabras Bernardo recobrando lo perdido, desarma y hiere en una mano á Jacobo.)*

BERNARDO.

No le perderás á fé.

MARIANA.

¡Santo Dios! gracias te doy!

JACOBO.

Fuera de combate estoy:  
¿mas quieres?

BERNARDO.

Sí.

JACOBO.

Pues dí qué.

BERNARDO.

Que mueras me importa solo.

JACOBO.

¡Indefenso, vive el cielo!

BERNARDO.

Es que siendo Carabello

JUAN DANDOLO,  
 soy aun tiempo Juan Dandolo.  
 Como Bernardo cumplí  
 lidiando hasta desarmarte:  
 falta á Dandolo su parte,  
 que hay dos personas en mí.

JACOBO.

(Todo el infierno en el pecho  
 me rebienta y me le abrasa.  
 Tener en mi propia casa  
 sobre mí mismo derecho!)  
 Ven, dime, infernal muger,  
 no basta que un Dagolino  
 dando á tu suerte camiao...

MARIANA.

Jacobo, no puede ser.  
 Has ahogado mi esperanza,  
 me has hollado en mi dolor  
 y... ahora no vale tu amor  
 lo que vale mi venganza.

JACOBO.

Pues bien, no es tan tarde aún:  
 cuanto me pedis concedo;  
 ¡ah! un dia... y aun hacer puedo  
 nuestra fortuna comun.

MARIANA.

No, te amé como á mi Dios,  
 vine á postrarme ante tí,  
 tú me escupistes así  
 y no hay medio entre los dos.

JACOBO.

Mas luego...

BERNARDO.

Es vano decir.

JACOBO.

Cuerpo á cuerpo...

BERNARDO.

Es delirar.

JACOBO.

Con oro...

BERNARDO.

Arrójalo al mar.

JACOBO.

Te salvára...

BERNARDO.

Has de morir.

JACOBO.

Mañana...

BERNARDO.

¡Quimera vana!

nada hay aquí que te asombre:

hoy pronunciarás mi nombre

y á mí me ahorcáran mañana.

Muere. (*Vase á el.*)

MARIANA.

No puedo ya mas:

de tanta crueldad me espanto.

JACOBO.

¡Traidores!

MARIANA.

¡Le amaba tanto!

¡Bernardo, Bernardo!

BERNARDO.

¡Atrás!

tu honor á volverte voy

¿y aun vacilas?

MARIANA.

Tiemblo á fé.

(*En el punto en que Bernardo vuelto á su hermana la dirige la anterior reconvencion, Jacobo abriendo la puertecilla falsa entra en un gabinete contiguo. Bernardo clavando el contrato en el puñal le sigue diciendo:*)

BERNARDO.

Aqueste el contrato fué

y le cumplo.

JACOBO. (*Dentro.*)

¡Muerto soy!

## ESCENA ULTIMA.

*Abrénse por fin las puertas del fondo, y entran todos los que se suponen en el salon del baile, los*

que no hallando en la escena mas que á Mariana, dicen asombrados.)

TODOS.

Cielos, y Jacobo?

BERNARDO. (*Saliendo del gabinete.*)

Aquí:

una palabra empeñó:  
si él perjuro no cumplió;  
yo por mi parte cumplí.

(*Algunos se dirigen al gabinete. Otros se quedan en la escena.*)

PEDRO.

¡Que veo!

MAFFEI.

¡A vengarse solo  
salió de la tumba helada!

BERNARDO. (*A Mariana.*)

Conmigo ven, desdichada.

MUCHOS.

Tente!

BERNARDO.

Paso á Juan Dandolo.



*Nota.* Fue ejecutado este drama en el Teatro del Principe, por las señoras Lamadrid (Doña Teodora), Sierra, Parra y Lopez; y los señores Lombardia, Alverá, Campos, Silvostrí, Lumbreras, Paris, Ramirez, Cobos y Reyes.

IMPORTANTE.





**RFC - 5558**